

Reflexiones sobre las revoluciones interrumpidas (1981)	Título
Fernandes, Florestan - Autor/a	Autor(es)
Dominación y desigualdad. El dilema social latinoamericano. Florestan Fernandes. Antología	En:
Buenos Aires y Bogotá	Lugar
Siglo del Hombre Editores CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales	Editorial/Editor
2008	Fecha
	Colección
Revolución cubana; Socialismo; Capitalismo; Revolución; Descolonización; Lucha de clases; Cuba; América Latina;	Temas
Capítulo de Libro	Tipo de documento
http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/se/20100830105544/09flores.pdf	URL
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.0 Genérica http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO

<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)

Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)

Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)

www.clacso.edu.ar



Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
Latin American Council of Social Sciences



Fernandes, Florestan. **Reflexiones sobre las revoluciones interrumpidas.** *En: Fernandes, Florestan. Dominación y desigualdad. El dilema social Latinoamericano : Florestan Fernandes. Antología / Florestan Fernandes; Heloísa Fernandes, compiladora. -- Bogotá : Siglo del Hombre, CLACSO, 2008. -- ISBN 978-958-665-114-1*

Disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/secret/critico/florestan/09flores.pdf>

Red de Bibliotecas Virtuales de Ciencias Sociales de América Latina y el Caribe de la Red CLACSO

<http://www.clacso.org.ar/biblioteca>

biblioteca@clacso.edu.ar

REFLEXIONES SOBRE LAS REVOLUCIONES INTERRUMPIDAS¹

El tema de las revoluciones “paralizadas” o “frustradas” ha vuelto a estar a la orden del día. Historiadores y sociólogos retoman el hilo de una reflexión cuyas raíces se encuentran en el siglo pasado, aunque las explicaciones sean otras y a veces combinen la inquietud política, la insatisfacción social y el refinamiento teórico —como sucede con los aportes de Orlando Fals Borda,² quien a lo largo de su carrera ha venido enfocando el tema de varias maneras, en términos de la evolución histórica de Colombia o de la situación global de América Latina.

La historiografía marxista también se vincula a este debate teórico. Al parecer, el emprendimiento más ambicioso lo llevó a cabo Adolfo Gilly,³ que recurre a la teoría de la revolución

¹ Publicado originalmente como “Reflexões as revoluções interrompidas”, en Florestan Fernandes, *Poder e contrapoder na América Latina*, Rio de Janeiro, Zahar, 1980, pp. 77-114. Texto extraído, para la presente edición, de Florestan Fernandes, *Poder e contrapoder na América Latina*, Rio de Janeiro, Zahar, 1981, pp. 71-114.

² Orlando Fals Borda, *La subversión en Colombia: visión del cambio social en la historia*, Bogotá, Departamento de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia y Tercer Mundo, 1967, y *Las revoluciones inconclusas en América Latina: 1809-1968*, México, Siglo XXI Editores, 1968.

³ Adolfo Gilly, *La revolución interrumpida. México, 1910-1920: una guerra campesina por la tierra y el poder*, México, Ediciones El Caballito, 1971.

permanente para describir y explicar la “interrupción” del proceso revolucionario en México. Junto con Cuba, México tuvo la oportunidad histórica de una situación revolucionaria de *dos vertientes*: una “burguesa” y otra “proletaria”. Contrario de lo que sucedió en Cuba, en México la revolución se *interrumpió* en un nivel burgués. El mérito de la interpretación de Gilly es que él no apela al concepto de *institucionalización de la revolución*: el flujo se vio interrumpido pero podrá renacer y crecer de otra forma histórica. La contraprueba de la precisión de su diagnóstico es provista por Cuba, en donde la situación revolucionaria global desató fuerzas sociales y políticas que profundizaron la disgregación del orden existente y alejaron la reconstrucción de la economía, de la sociedad y del Estado.

En esta breve incursión no pretendo realizar un balance bibliográfico ni tampoco marcar lo que en varios países de América Latina se logró descubrir mediante la “investigación científica comprometida”. Es sorprendente cuánto se ha avanzado, desde fines de la década de los cuarenta, en una obra consistente en la *revisión* de la explicación de la historia, que no se ha “unificado” a la luz de una teoría pero que ha llevado a resultados francamente convergentes y reforzado considerablemente una línea de trabajo intelectual cuyos grandes pioneros han sido José Carlos Mariátegui, Caio Prado Júnior y Sergio Bagú. Mi objetivo es más limitado, y consiste en indagar hasta dónde podría llegar la *transformación capitalista* en países que no han roto por completo con las formas coloniales de explotación del trabajo y en los que las clases dominantes se han vuelto *burguesas* a través y detrás del desarrollo del capitalismo. En la lucha interna por la sumisión de las clases subalternas —que no eran propiamente clases, sino estamentos y castas—, éstas pugnaban por convertir formas coloniales de propiedad en modos capitalistas de propiedad y de apropiación social. Su éxito engendró una transformación capitalista peculiar, que no puede ser esclarecida en función de la disgregación del mundo feudal en Europa. La historia no se “repitió” porque no había razón para que eso pasara. Se trataba de *otra historia*: la del capitalismo en los países de origen colonial.

Hay aquí dos temas previos que no deben ser subestimados. Uno tiene que ver con el abuso de categorías históricas, y el otro con los paralelismos con la evolución de los Estados Unidos. Tanto la “tradición liberal” como la “tradición marxista” fomentan abusos evidentes en el empleo de categorías históricas. No me propongo discutir un tema tan amplio y complejo en estas notas. Apenas me gustaría decirles a quienes se consideran marxistas que, si pretenden “imitar a Marx”, deben hacerlo con grandeza científica. Recuerden que él (al igual que Engels) no trabajaba con puras abstracciones. Acuérdense, sobre todo, del cruce concreto entre determinaciones generales y particulares, por lo cual el *todo* del análisis materialista-dialéctico no comporta una simplificación conceptual, ni una reducción empírica, ni una abstracción desintegradora. Recuerden que las explicaciones contenidas en *El Capital* no son el “otro lado” ni se contraponen a las explicaciones contenidas en *Las luchas de clases en Francia* o en *El 18 Brumario*. El mismo método de construcción empírica y de explicación lógica está presente en todos esos trabajos, y no se es “marxista” por la mitad, extrayendo un poco de aquí y otro poco de allí, de acuerdo con las conveniencias del ensayista. Es fácil transferir ideas, pero no se puede transferir la transformación de lo real: si una clase ha alcanzado o no su desarrollo completo y su forma pura, si están o no dadas las condiciones para que la burguesía (o una fracción de ella) pueda realizar esto o aquello. En definitiva, ser marxista no es una cuestión de “manía filosófica” y no se puede, con ese fundamento, proyectar sobre el *dato real* categorías abstractas o dinanismos históricos hacia los cuales él “puede tender” (o “debería corresponder”) *si* la periferia del mundo capitalista fuera una mera repetición del espacio central.

Por su parte, los Estados Unidos también tienen un origen colonial. Sin embargo, desde su formación como colonia se constituyeron allí dos universos históricos distintos, vinculados entre sí por el destino colonial, aunque opuestos de forma diferente a la situación colonial, a la metrópoli y a la dominación del capital. Por lo tanto, cuando se dio la ruptura con la metrópoli, uno de los universos sirvió de base para una auténtica autonomización na-

cionalizadora del desarrollo capitalista. Tal condición no ocurrió en el resto de las Américas y sería vano suponer que el desarrollo capitalista genera por sí mismo automatismos de clase que, tarde o temprano, conducen a las clases burguesas hacia ciertas compulsiones autonomistas e imperialistas. En el resto de las Américas el capital mercantil quedó atado a ciertas órbitas históricas y ello es decisivo para establecer determinadas evoluciones típicas del “capitalismo colonial” hacia el “capitalismo neocolonial” y hacia el “capitalismo dependiente”. Las burguesías que surgieron gracias a dichas evoluciones —de las cuales ellas también fueron sus agentes históricos— tuvieron “sueños de grandeza”, pero nunca tuvieron los contenidos ni las dimensiones de quienes alimentaron la “utopía capitalista” de los *padres fundadores* de la República del Norte.

La “interrupción de las revoluciones” se presenta como un fenómeno político repetitivo. Con frecuencia, se podría decir, entra en juego el mismo abortamiento de la revolución burguesa. La base económica y social del desarrollo capitalista hace que, en la gran mayoría de los países de América Latina, los estratos burgueses sean muy débiles, tanto en su presencia como en su capacidad de decisión. En síntesis, las “condiciones objetivas” de la transformación capitalista son demasiado débiles y discontinuas como para alimentar cambios constantes en sus “condiciones subjetivas”. La búsqueda de las “ventajas del pequeño número” sufre una erosión destructiva, en términos de la *mentalidad capitalista*, e impulsa colectivamente a la burguesía a privilegiar sus relaciones con el mercado mundial, a fortalecer unilateralmente su *posición de poder* y a evitar riesgos que podrían ser transferidos a los “socios externos” y a la colectividad, por la mediación del mercado externo, de la dominación paternalista o del Estado. Como consecuencia, en la mayoría de los países el período de transición neocolonial es muy prolongado, y en ellos el Estado capitalista constituye una *factoría ampliada* a través de la cual verdaderas burguesías compradoras utilizan el monopolio del poder político como elemento de trueque en las transacciones mercantiles con el exterior. Por su parte, en los pocos países en

los que esto no sucede, las clases burguesas segregan más o menos (a veces casi por completo) al Estado de la Nación, tomando a través del primero decisiones políticas en nombre de la segunda, lo cual provoca una extrema exacerbación del elemento político inherente al capitalismo y retira de la transformación capitalista, en escala variable, el potencial de presión de las clases trabajadoras. Por lo tanto, desde una perspectiva externa superficial, todo “parece igual” o “gris” en América Latina, y el cambio social progresivo —aunque surja de situaciones revolucionarias— parece un “factor de refuerzo” del *statu quo*.

Una visión como ésta corre el riesgo de ser entendida como “caricaturesca” y, al mismo tiempo, como “muy severa”. La misma es ambas cosas a la vez, pero no por ello menos verdadera... La caricatura reproduce los rasgos típicos *más esenciales* del objeto representado. Después de 40 años de experiencia concreta como sociólogo, he llegado a la conclusión de que sólo el máximo de severidad le otorga al observador un mínimo de objetividad. El dilema, para mí, no es éste, sino que el mismo se encuentra en el número de temas que sería preciso enfrentar para proceder a una evaluación correcta del significado sociológico y político de las “revoluciones interrumpidas”. Empezando por el hecho de que las mismas no son “interrumpidas” para los estratos más privilegiados de las clases dominantes (incluyendo en éstas a los socios externos involucrados y los intereses imperiales de las respectivas naciones). El circuito de la revolución es interrumpido en el nivel a partir del cual sus dividendos serían compartidos, ya sea con los “menos iguales” de las clases dominantes o con “los de abajo”. La interrupción sólo se hace evidente por medio de un artificio comparativo: lo que sucedió en casos análogos en los países centrales y lo que sucedería *si...* De hecho, el radio de esas revoluciones es tan pequeño que sería una “anomalía” que las mismas transcurrieran de otra manera. He aquí mi dilema: si quisiera enfrentar el tema seriamente tendría que escribir un libro, no un pequeño artículo: tal es el número de cuestiones no resueltas o mal resueltas que debería enfrentar. Por ejemplo, el período colonial parece muy lejano, el “pasado remoto”; sin em-

bargo, el mismo está vivo y actúa, y no sólo en América Latina. Tomemos como punto de referencia el grado de deshumanización de la persona. ¿Cómo explicar el Ku Klux Klan en los Estados Unidos si no es a través de la persistencia de una deshumanización, de porte y de estándar *coloniales*, de la persona? El “negro” no es más el “enemigo público del orden” de la época esclavista y del período de transición hacia el trabajo libre. No obstante, la seguridad de los “blancos” exige que semejante *residuo colonial* se reconstituya y se reproduzca en nuevas condiciones de vida. Otro ejemplo: el pasaje del estamento y de la casta hacia la clase, más o menos definido, por lo menos en los países que tienen un mercado interno extenso, un sector urbano-comercial consolidado (o “dinámico”) y algún potencial industrializador floreciente. Los que no siguen el ejemplo de Marx y Engels y de la tradición sociológica europea ni siquiera se plantean este problema. Sin embargo, la disgregación del orden social no se dio de la misma manera en todas partes y, casi como regla, el período de transición neocolonial (en el que el mismo no se estabilizó) les confirió a las formas económicas y sociales coloniales un flujo más fuerte. Era “normal”, pues entonces surgieron las condiciones históricas que posibilitaban, antes del colapso, el florecimiento de tales formas económicas y sociales. Un último ejemplo: el carácter restringido o meramente “político” de tales revoluciones. Éstas se encierran en el vértice de la sociedad y, dentro de ese vértice, mientras el régimen de clases sociales no estuviera expandido en función del grado y de la forma de desarrollo capitalista, los conflictos de los estamentos dominantes tendrían que resolverse por composición (a veces por composición regulada, como sucedía con el poder moderador en Brasil) de los “más iguales”. Para que ocurriera lo contrario sería necesario que la sociedad civil se encontrara más diferenciada y que “los de abajo” tuvieran alguna voz política institucionalizada. Las revoluciones “meramente políticas” tenían, por lo tanto, una naturaleza íntima que reflejaba la organización de la economía, de la sociedad y del poder. ¿Cómo se podrían tratar aquí todos esos temas (y otros, igualmente importantes, que no han sido mencionados)?

Todo escrito implica una complicidad entre el autor y el lector. Me ha parecido justo definir los términos de esa complicidad. A través de una excursión sumaria por ciertos temas estratégicos, me parece oportuno que *el lector concluya*, no importa si a favor o en contra de mis argumentos, *cuál será su ruta de entendimiento del tema*. No veo mucha dificultad en seleccionar los temas estratégicos. Considero que son cuatro: el problema de la descolonización, los límites de la “transformación capitalista”, las lecciones de Cuba y determinar quién se aprovecha de las contradicciones en la lucha de clases.

Constituye una tradición afirmar que la órbita colonial se ha extinguido. Cuando mucho, se admite que han quedado algunos vestigios en los países “más pobres” y “más atrasados” de América Latina. En los otros, que no son muchos, tales cuestiones sólo aparecerían en “ciertos tipos de conducta” (como el mangoneo) o con referencia a “ciertas condiciones de vida” localizadas (por ejemplo, entre indígenas o en las “poblaciones carenciadas”). Nunca se plantea la cuestión central: ¿qué ingresa en el circuito de la descolonización cuando ésta es obra histórica de las élites económicas y militares de los estamentos dominantes? ¿Y qué es condenado a permanecer de manera perpetua fuera de la descolonización para que las clases burguesas emergentes puedan controlar el cambio social progresivo sin arriesgar tanto su supremacía social en lo que respecta a su monopolio del poder político?

También es una tradición establecer un paralelismo tácito entre la transformación capitalista corriente (o posible dentro del capitalismo neocolonial y del capitalismo dependiente) y la que tuvo lugar en algunos países de Europa, así como en los Estados Unidos. Incluso sin poner en jaque ese paralelismo —que nunca debería ser convertido en un modo de ver la historia desde un “palacio de espejos”—, existen reglas de investigación precisas que exigen que al menos se consideren diferencias relacionadas con la “*forma* del desarrollo capitalista” y con el “*grado* de desarrollo capitalista”. Un desarrollo capitalista transformado en satélite no lanza a la arena política a una “burguesía conquistadora”; un desarrollo capitalista con baja industrialización o con

una industrialización masiva incipiente no cuenta, de inmediato, con un “proletariado independiente”. Los elementos “objetivos” y “subjetivos” de transformación capitalista imponen, pues, una orientación para arribar a una solución histórica objetiva.

La Revolución Cubana “ha separado” el pasado del presente. Ella no sólo se erige en un marco histórico, un “divisor de aguas”, sino que pone de manifiesto que la negación del pasado se introduce como *corriente histórica* en el proceso civilizador de América Latina. ¿Qué representa esa revolución como modelo opuesto de las revoluciones interrumpidas? ¿Por qué, en el marco del capitalismo, los elementos dominantes, primero, y las clases dominantes, después, no pudieron ir más allá del cambio social progresivo, cerrado por el egoísmo de los dueños del poder o confinado al universo de los “más iguales entre los iguales”? Cualquier revolución verdadera genera patrones propios de cambio social y permite que se reconstruya el entendimiento del pasado reciente y remoto. ¿Por qué no se han explorado estas dos dimensiones en el caso de Cuba, que al mismo tiempo ha modificado la calidad de la historia y la calidad de la conciencia histórica en América Latina?

Por último, no es sólo una tradición sino también un lugar común decir que las contradicciones sociales dinamizan la lucha de clases y son una especie de partera del futuro ideal. Ahora bien, esto no pasa de una mera verbosidad vacía y de un mecanicismo barato. Las contradicciones reflejan la forma y el grado del desarrollo del capitalismo, así como la relación recíproca de clases sociales antagónicas. En la tradición marxista lo adecuado sería preguntar si las clases trabajadoras disponen o no de las condiciones objetivas y subjetivas para trabar, en nombre propio y en su provecho, la lucha de clases. ¿Qué hacer para poner fin a las revoluciones “interrumpidas” del pasado remoto, del pasado reciente y del presente? En las relaciones antagónicas de clases no son la *justicia social* ni el criterio de equidad de los proletarios los que determinan *quién explotará estratégicamente* las contradicciones percibidas y dinamizadas a través de conflictos *reales o simulados*. Tenemos que enterrar el lugar común en

cuestión y orientar el pensamiento sociológico contestatario en la dirección opuesta, la única que puede ayudar a “los de abajo” a tomar conciencia de las situaciones revolucionarias emergentes y a luchar por la profundización de la revolución dentro del orden, o contra él.

Esta introducción podrá parecer impertinente, o cuando menos excesiva para las proporciones del trabajo. No es ese mi pensamiento. En el fondo, no tenemos cuatro subtemas sino cuatro problemáticas que se unen en el arco implícito de revolución / contrarrevolución de las clases burguesas y estabilización represiva / revolución de las clases trabajadoras. Lo esencial, cuando se piensa en la reflexión política del lector, es que ese arco se haga evidente y dirija su propio curso de imaginación política contestataria. Lo que yo pueda decir es secundario frente a lo que el lector pueda representarse por su cuenta y riesgo. Sin pretender condicionar esa colaboración creadora, he sentido la necesidad de marcar bien las líneas negativas de tradiciones culturales y sofocantes que, a pesar de ello, pasan por “científicas” y “estimulantes”. Mi deseo íntimo es que el lector me supere, o por lo menos disponga de una base sólida para compartir mi convicción de que todas esas tradiciones deben ser enterradas, junto con el patrón histórico de las “revoluciones interrumpidas”. Poco importa que el texto subsiguiente no llegue más allá de lo que debería ser hecho. Mucho más importa saber que las alternancias de “conciliación” y “reforma” traducen el conflicto crónico tanto del capitalismo neocolonial como del capitalismo dependiente. Para destruir ese conflicto es necesario acabar con la conciliación y con la reforma como “algo que viene impuesto desde arriba” y “sólo permanece arriba”.

EL PROBLEMA DE LA DESCOLONIZACIÓN

La orientación predominante en las clases privilegiadas de América Latina consiste en confundir la disgregación del antiguo régimen colonial con la descolonización como proceso histórico-social. De esta manera se procede a una mistificación que se

desenvuelve, en mayor o menor grado, en todos los países, pero que principalmente se manifiesta de manera acentuada en los diversos países que aún se encuentran en el período de transición neocolonial. El desengaño se ha llevado a cabo, en términos científicos, a través de la teoría del colonialismo interno; en el plano de la lucha de clases y de la oposición política articulada, la misma aparece bajo las banderas del combate al “feudalismo”, a las estructuras arcaicas de producción, y sobre todo del antiimperialismo. ¡Algo es mejor que nada! Sin embargo, la teoría del colonialismo interno les concede a las clases dominantes una ventaja estratégica: ella descuida por demás la necesidad de una investigación rigurosa de las formas de estratificación enlazada al capitalismo neocolonial y al capitalismo dependiente, y coloca la lucha de clases propiamente dicha en un segundo plano, concentrando el impacto sobre los efectos constructivos del cambio social espontáneo, del desarrollismo y, en particular, de la secularización y de la racionalización inherentes a la expansión del urbanismo y del industrialismo. Por lo tanto, en aquello en lo que se presenta como una teoría crítica, la misma se polariza como una manifestación intelectual del radicalismo burgués y del nacionalismo reformista. El combate político a los remanentes feudales o al feudalismo persistente y al imperialismo tiene un carácter de ruptura más pronunciado. De hecho, el mismo se vincula con un intento de las vanguardias de izquierda por informarse acerca de la dinamización de las transformaciones dentro del orden relacionadas con la revolución burguesa (esas transformaciones fueron descritas en Europa como “revoluciones” y son las que marcan el *avance* de la revolución burguesa: la revolución agraria, la revolución urbana, la revolución industrial, la revolución nacional y la revolución democrática). En términos tácticos, el intento se detiene en el nivel de los conflictos que se dan en el seno de las clases dominantes: poner a las facciones de la burguesía estructuradas en la producción latifundista y en el sector de la exportación o insertas en la dominación externa, en contra de las facciones estructuradas en la expansión del mercado interno y de la industria. En consecuencia, ésta no contribuye a adecuar la

teoría de las clases sociales y de la lucha de clases a las condiciones concretas de los países en situación neocolonial o de capitalismo dependiente, y contribuye muy mal con la exposición de las reivindicaciones de los trabajadores del campo y de la ciudad en un lenguaje específicamente socialista y revolucionario. Por lo tanto, también ha desembocado en la órbita del reformismo burgués, aunque no se pueda subestimar su importancia en cuanto a la movilización política de sectores de la población pobre y trabajadora sistemáticamente excluidos de la cultura cívica y de la sociedad civil, así como en lo que respecta a la impregnación nacionalista y radical-democrática de algunos sectores de las clases medias o incluso de las clases altas.

Lo grave es que el *problema de la descolonización* no fue —y continúa no siendo— planteado como y en tanto tal. El mismo es diluido y desintegrado como si no existiera, y sustantivamente como si lo que importara fueran sólo las debilidades congénitas del capitalismo neocolonial y del capitalismo dependiente. Sombart demostró que el capitalismo puede transformarse, agotando épocas bien marcadas y manteniendo, no obstante, espacio histórico y económico para la supervivencia y la revitalización de formas superadas de producción y de intercambio. Se podría pensar, desde los países centrales, que éstos serían “nichos” de formas arcaicas u obsoletas de capitalismo, funcionales a los arreglos modernos y más avanzados del desarrollo capitalista. Este razonamiento no se aplica del mismo modo a la periferia, principalmente a los países que se encuentran en situaciones neocoloniales específicas o a los que, estando en situaciones de capitalismo dependiente, no reciben de las economías centrales fuertes dinamos de crecimiento económico o no pueden compatibilizar tales dinamos con el crecimiento del mercado interno. Aquí, la descolonización constituye una categoría histórica enmascarada por la dominación burguesa (tanto *la nacional* como *la imperialista*: ambas tienen intereses convergentes en crear ilusiones o mitos sociales). En lugar de un ataque abstracto al colonialismo interno, a los elementos feudales parciales o globales y al imperialismo, convenía darle énfasis a la descolonización que no se realiza

—ni puede realizarse— dentro del capitalismo neocolonial y del capitalismo dependiente. He aquí el quid de la cuestión. Llevar la descolonización hasta sus últimas consecuencias es una bandera de lucha análoga a la revolución nacional y a la revolución democrática —y esa reivindicación debería hacerse en términos socialistas, aunque con vistas a la “aceleración de la revolución burguesa”. Parece evidente que la descolonización no puede ser contenida en esos límites y que, en la acción práctica, en lugar de acelerar la revolución burguesa, fomenta la “desestabilización” y la evolución de situaciones revolucionarias hasta puntos críticos. A pesar de todo, en la periferia el socialismo cumple la función de calibrar los dinamismos revolucionarios del orden existente por los problemas y dilemas sociales que las burguesías no intentaron enfrentar y resolver, *por no ser de su interés de clase* en las formas de desarrollo capitalista inherentes al semicolonialismo y a la dependencia.

El punto crucial de la cuestión, en lo que se refiere a los países en los cuales la vanguardia interna de la lucha contra el colonialismo era reclutada en los estratos más privilegiados de los estamentos dominantes, es que dichos estamentos y sus elites no tenían ningún interés en revolucionar las estructuras sociales y económicas vigentes, y, en cuanto a las estructuras legales y políticas, sólo querían modificarlas revolucionariamente de forma localizada: la independencia frente a la metrópoli, por un lado, y la plenitud política de su hegemonía social en el plano interno, por el otro. Ya he tratado de explicar ese proceso como una forma de autonomización política de los estamentos señoriales y de integración de la dominación estamental a escala nacional, con referencia a Brasil. En otros países de América Latina, las “luchas por la independencia” y por la creación del Estado “nacional” se desarrollaron en condiciones históricas diferentes pero *estructuralmente homólogas*. La independencia que se creaba era la de los estamentos privilegiados y, por su parte, el Estado nacional independiente nacía antes que la Nación, como expresión de la voluntad colectiva y de los intereses de dominación económica, social y política de la *gente válida*, es decir, como una manera de

organizar la voz política de los dueños de hecho del poder y de dar continuidad a las estructuras de producción y de exportación previamente montadas. Esto significa que había una reciprocidad fundamental en la situación de intereses de los estamentos privilegiados y de las naciones centrales que reemplazaron a España y Portugal a partir de la dominación externa. De esa reciprocidad procedía el marco que la dominación externa asumía como dominación indirecta, independiente de estructuras legales y políticas de dominación, y como *dominación semicolonial*, que se transformaría gradualmente, en función de los ritmos y de la duración del período de transición neocolonial.

Dos cosas merecen ser destacadas en esta breve exposición. Primero, resultaba de primordial interés, para los estamentos privilegiados y para sus socios externos, mantener las formas de producción existentes y explotarlas con mayor intensidad, en donde ello fuera posible. Antes de promover la sustitución de ciertas técnicas de producción y de las formas de trabajo pre-existentes, el orden del período de transición buscaba crear el espacio histórico necesario para que aquellas técnicas y aquellas formas de trabajo *podieran rendir más*, es decir, *producir*, en la medida de lo posible, *un excedente económico mayor*. Por lo tanto, las formas típicamente *coloniales* no estaban condenadas a la desaparición y a la superación. Por el contrario, ellas debían funcionar como el fundamento material de la transformación del capitalismo colonial en capitalismo neocolonial (lo que encerraba una diferencia notable en cuanto a la reorganización del mercado, la retención de alícuotas de la riqueza “nacional” que no debían continuar siendo repartidas con la Corona y, dentro del complejo económico colonial, la transferencia de técnicas e instituciones sociales nuevas, así como la construcción del “sector nuevo” de la economía, que debería transformar el patrón neocolonial de crecimiento económico en satélite). Se trata, como se ve, de un giro en la transformación del capital mercantil, que debía cumplir funciones antiguas dentro de condiciones históricas nuevas y crecer en el sentido de saturar nuevas funciones económicas, nacidas de la incorporación directa de las economías latinoamericanas en

el mercado mundial y de la inclusión de los estamentos señoriales e intermedios en el nuevo entramado de negocios, abierto por el “sector nuevo” (en algunos países en crecimiento más o menos rápido). Todo ello significa una cosa: el anticolonialismo de los estratos privilegiados sólo era intenso y fervoroso en un punto, el de la conquista de la condición legal y política de *dueños del poder*. En los demás puntos, los intereses *más avanzados y profundos* exigían el CONGELAMIENTO DE LA DESCOLONIZACIÓN. Congelar la descolonización constituía no sólo un prerrequisito estructural y dinámico de la “defensa del orden”, del “combate a la anarquía”, de la “preservación de la propiedad”, etc., sino que era el requisito número uno de la nueva articulación entre los estamentos señoriales y los estamentos intermedios en ascensión potencial con los centros de dominación económica externa, es decir, literalmente, del patrón neocolonial de crecimiento del capitalismo. Por lo tanto, la *gente válida* se lanzó tanto contra las manifestaciones de inconformismo de la plebe como contra el idealismo nacional-liberador de los exponentes civiles y militares de las luchas por la independencia.

El otro asunto que cabe destacar preliminarmente es el del sustento de la solución política encontrada para la financiación de ese patrón de desarrollo capitalista. Como se dice hoy en día, los “costos” deberían ser descargados en los agentes directos o indirectos, centrales o marginales, de las formas de producción y de trabajo preexistentes. Los economistas usan un lenguaje ambiguo: hablan de “modelo agrario-exportador”, y con ello dejan en penumbras la expoliación real llevada a cabo de modo desigual por los agentes del capital mercantil interno (del campo y de la ciudad) y externo. Ese modelo sería impracticable si los costos operativos fueran, de hecho, fijados por los “mecanismos del mercado”. Quienes entraban en el mercado y tenían el privilegio de llamarse *agentes productivos* también tenían el privilegio económico, social y político de excluir a los verdaderos agentes de la producción (esclavos, libertos, trabajadores semilibres) del propio mercado. Como diría Max Weber, éstos no pasaban por el mercado, y por lo tanto no se clasificaban a partir del mismo

ni contaban, en consecuencia, social ni políticamente. El “cálculo económico racional”, intrínseco a esa mentalidad capitalista, forjaba una expoliación global equivalente a la expoliación colonial y fundada en formas de propiedad coloniales que sólo serían abolidas legalmente en forma renuente y socialmente encontrarían una continuidad infinita (aunque en algunos países el proceso haya sido relativamente rápido, por lo menos en el plano legal). Los ritmos más veloces acabaron dependiendo de la expansión y de la vitalidad del mercado, por lo menos en lo que respecta a ciertas ciudades más importantes, productoras de satélites (como el célebre caso de Buenos Aires), pero sin afectar el doble carácter del nuevo patrón emergente y en consolidación de desarrollo económico: subordinado a los centros estratégicos de la economía mundial y prácticamente extorsivo en cuanto a la masa de la población pobre y trabajadora, independientemente de su condición civil formal.

Esa situación histórica, descrita muy sumariamente, es tan decisiva para la “América Latina moderna” como lo es el período formativo colonial. De hecho, en ella se forja una persistente tendencia estructural, descrita eufemísticamente por los científicos sociales como de “expoliación del campo por la ciudad”, y también una fuerte propensión histórica al envilecimiento del trabajo y del trabajador. En los países en los que la transición neocolonial no fue prolongada o ultraprolongada, la primera tendencia no desapareció con la implementación del capitalismo dependiente. Por el contrario, el crecimiento del mercado interno, la expansión de las ciudades y de sus funciones urbano-comerciales, la industrialización y el propio crecimiento del aparato del Estado y la diferenciación de sus funciones extrapolíticas (especialmente las económicas) han dependido en gran medida del congelamiento de la descolonización. La cuestión ha sido planteada en términos de conversión del excedente económico de los empresarios agrarios en inversiones en el sector urbano-comercial e industrial posibilitadas por el “subdesarrollo del campo” (principalmente cuando se traducen los precios de los alimentos básicos en costo de trabajo). Pero el “subdesarrollo del campo” no constituye una

realidad histórica universal y homogénea. El mismo no afectó a los estamentos señoriales, no perjudicó la transformación de la aristocracia agraria en burguesía rural ni ha excluido (tanto en el pasado como en el presente) a la legión de intermediarios (que especulan lucrativamente con los productos primarios) de la sociedad civil. Ésta se desplomó, unilateralmente, sobre el hombre pobre del campo, convertido en trabajador semilibre de modo permanente. Del sector rural no proviene una resistencia política articulada contra la reproducción indefinida de esa tendencia, por un motivo muy simple: quienes son directamente privilegiados por el congelamiento de la descolonización tienen más interés en defender la continuidad del *statu quo* que en combatir los prejuicios coyunturales que puedan resultar de la variación de su posición en el prorrato de la masa de plusvalía (o de excedente económico, si se quisiera describir el proceso de esta manera) por las clases burguesas. Los indirectamente privilegiados, como los comerciantes, los industriales o los banqueros, saben que el país no puede “financiar su desarrollo” de otra manera... Los economistas usan un lenguaje discreto y pueden hablar de transferencia de costos de industrialización, por ejemplo, del sector urbano hacia el sector rural. En realidad, tanto el capitalismo neocolonial como el capitalismo dependiente exigen la repartición desigual, que convierte al desheredado de la tierra en un nuevo paria social.

La tendencia al envejecimiento del trabajo y del trabajador podría ser corregida por la incorporación de las faenas rurales al mercado o, indirectamente, por el desvío de una gran masa de trabajo del sector rural hacia el urbano. Esas variaciones no ocurrieron en los países en los que la situación neocolonial se prolongó indefinidamente, y se presentaron de modo débil en los países que lograron absorber las transformaciones inherentes al capitalismo dependiente. En esos países, sólo tardíamente la universalización del mercado de trabajo alcanzó al campo, si bien lo ha hecho de modo parcial y deformado, ya que siempre persistía, de algún modo, el “residuo colonial” en la esfera del trabajo agrario. Es obvio que el principal efecto de esa tendencia histórica afecta

a la masa de los trabajadores agrarios, excluidos del mercado o que pasan por el mercado de manera asistemática: a la exclusión económica parcial o total corresponde la exclusión de todos los derechos y garantías sociales típicos de la sociedad burguesa. Por lo tanto, los términos de la ecuación son la exclusión de la posibilidad de organizarse como *clase en sí*, de un desarrollo como clase independiente y de la capacidad legal o de hecho para la lucha de clases. Esa es la base morfológica no sólo de la deshumanización de la persona del trabajador agrícola, sino también del empleo sistemático de técnicas sociales paternalistas, legales o policial-militares destinadas a convertir la exclusión parcial o total en capitulación pasiva y en apatía provocada y dirigida desde arriba. La dualidad ética, infiltrada de esta forma en las relaciones de dominación, excluye a “los de abajo” de la condición de miembros de “nuestro grupo”, y los metamorfosea en enemigos reales o potenciales del orden y en gente que “necesita coerción” para “vivir dentro de la línea”. Además, los efectos indirectos son igualmente calamitosos. Por un lado, esa masa de población pobre constituye el semillero interior del reclutamiento del trabajo libre. Al proletarizarse, los componentes de esa población encaran este proceso como “promoción social” (y aquélla es, de hecho, una promoción, pues involucra la clasificación dentro del orden, a corto o mediano plazo). Esos candidatos rústicos al trabajo libre están listos para aceptar las peores manipulaciones represivas y deben pasar por un entrenamiento y por una socialización complejos para adquirir la naturaleza humana y la concepción del mundo del *trabajador libre* como categoría histórica. Por otro lado, la exclusión parcial o total y la apatía provocada retiran al grueso de la población de los conflictos más o menos estratégicos en las relaciones de las clases asalariadas con las clases burguesas. Aquéllas dejan de tener un punto de apoyo estructural en las confrontaciones con los dueños del poder en la fábrica, en los barrios, en los sindicatos, en las manifestaciones públicas. Cualquiera sea el inconformismo del pueblo, éste no se convierte en fuerza política y no fortalece el poder de presión de las clases obreras, que quedan aisladas. O si no, la falta de alternativas del

proletariado urbano-industrial lo lanza a los brazos de la demagogia de estratos burgueses pseudopopulistas, completándose, de esa manera, el circuito del aplastamiento del hombre pobre del campo y de la ciudad.

Puede parecer que las pinturas del cuadro descrito son demasiado sombrías. En realidad, ese cuadro corresponde por completo a los países que se encuentran en una situación neocolonial y, casi por completo, a los países en los que el capitalismo dependiente cuenta con un mercado interno de bajo dinamismo y con una industrialización incipiente o intersticial. Aun así, la facilidad con que la contrarrevolución burguesa llevó a la implementación de las dictaduras militares, a un Estado autocrático-burgués de contornos bien definidos y a una mayor imperialización de las economías latinoamericanas más avanzadas, comprueba que el cuadro también se aplica a los antiguos baluartes del radicalismo burgués, como Argentina, Uruguay o Chile. Ese cuadro es importante para poner a la “interrupción” de la revolución burguesa en su lugar: las “reformas típicamente burguesas” son reversibles o un juego de apariencias. Tomemos la reforma agraria en México: las oscilaciones y los retrocesos habrían sido imposibles si los campesinos y las poblaciones indígenas hubieran dispuesto de medios organizados de lucha de clases. Las clases burguesas no tendrían cómo *anular* las reformas o las transformaciones en el campo, tomando con una de las manos lo que se habían visto obligadas a entregar con la otra. En definitiva, no tendrían la “libertad” de congelar el espacio histórico o de manipular a su antojo el espacio político. O si no, tomemos el paradigma actual de la democracia burguesa: ¿qué representa la riqueza de Venezuela para las clases subalternas y destituidas? ¿Por dónde pasan las *reformas típicamente burguesas* en ese país, después de que el petróleo garantizara un nuevo tipo de afluencia a las clases burguesas? El ejemplo más dramático, no obstante, es el de Chile. He visto a los campesinos descender en masa de los trenes en Concepción, marchar organizadamente por la ciudad y crear un bramido colectivo de esperanza en el futuro. Enseguida, pude ver cómo el arco se curvaba desde la contrarrevolución burguesa y desde la

contrainsurgencia de las naciones capitalistas centrales, dirigidas por los Estados Unidos. ¿Qué otra cosa indican esas situaciones históricas, a no ser que el desarrollo desigual y combinado, en determinadas circunstancias, puede favorecer al polo que frena la historia y conduce el proceso político hacia atrás? Sin liberar a las masas rurales de la servidumbre disfrazada y a los trabajadores agrícolas de la condición real de trabajadores semilibres, el régimen de clases sociales no tiene manera de *funcionar normal y constructivamente*, porque no es el desarrollo capitalista por sí mismo el que fomenta la “revolución” democrática, la “revolución” nacional y las otras reformas capitalistas. Si las clases trabajadoras no son capaces de unirse y de impedir *las regresiones*, el desarrollo capitalista puede operar al revés, “acelerando” el enriquecimiento “lícito” e “ilícito” de las clases burguesas nacionales y extranjeras.

La moraleja de esta historia se hace evidente: el congelamiento de la descolonización constituye una ventaja estratégica para la burguesía en la lucha de clases, pues otorga una supremacía permanente a las clases poseedoras, a sus estratos dominantes y a sus elites políticas. Ellos no son perjudicados, sino más bien extremadamente favorecidos por los efectos negativos y destructivos de tal congelamiento. Pueden, incluso, realizar seudorreformas y usar la demagogia más descarada o la propaganda pura y simple, y aun así amarrar a su vagón político a amplios sectores de las masas populares como si fueran autómatas. Por otro lado, si éstas avanzan por dentro de la transformación capitalista y tratan de imponerles a las clases burguesas las reformas más urgentes para *sanear* el desarrollo capitalista, y llegan a crear, de esta manera, una situación prerrevolucionaria o revolucionaria (“dentro del orden”), aún queda el recurso fácil de la violencia armada. La función del congelamiento de la descolonización es exactamente ésa, en la estrategia de la lucha de clases de los dueños del poder. Alternativamente, está claro que las sociedades latinoamericanas “son poco seguras”. La desestabilización, palabra clave de la contrainsurgencia, está siempre golpeando las puertas del Estado capitalista “débil”: éste no cuenta con el apoyo de la Nación, sino

sólo de la parte de la sociedad civil que constituye la *Nación del capital*. Cualquier desplazamiento en el sistema de opresión y de represión engendra una oportunidad histórica —e incluso sin las condiciones de lucha de clases organizada, “los de abajo” irrumpen en la historia. Ésta es la otra cara de la moneda de la ley del desarrollo desigual y combinado. Hasta el presente, esa ley sólo ha funcionado en Cuba; sin embargo, la prueba fue crucial. Las clases desposeídas avanzaron tan lejos como los revolucionarios y continúan exigiendo más, pues la revolución es permanente. No obstante, las “condiciones de atraso” (es decir, las proporciones en las cuales la descolonización sofocada trabaja contra la masa mayor de la población desposeída) aconsejan una lucha sin cuartel por la movilización de esa masa, por su organización en clases sociales y por el desarrollo de las mismas como clases independientes. Es fundamental que su nivel de compromiso político quede más o menos dentro del orden y de las “reformas burguesas”, especialmente si las clases dominantes demuestran estatura política para salir de la presente estabilización por la miseria y por la opresión. Sin embargo, sólo ese hecho ya sería una alteración monumental. Porque en ese momento, un amplio sector de las sociedades nacionales entrará en el juego político activo, consciente y organizadamente, y podrá elegir entre las *opciones capitalistas* de la burguesía y las *opciones socialistas* de la vanguardia del proletariado.

LOS LÍMITES DE LA “TRANSFORMACIÓN CAPITALISTA”

Durante mucho tiempo prevaleció la idea de que el desarrollo capitalista podía producir resultados similares en cualquier parte, dependiendo del “período” en el que se encontrara y de su “potencialidad de maduración” o de alcanzar una “forma pura”. Esta ilusión podría ser mantenida incuestionablemente en algunos países de Europa y fue ampliamente compartida en los Estados Unidos; su difusión formó parte del proceso de colonización, de transferencia de la ideología dominante en las naciones capitalistas hegemónicas, y se fortaleció con el crecimiento

controlado desde afuera de la modernización. El historicismo, aun dentro de la economía, no contribuyó a atenuar la vitalidad de dicha ilusión, porque él mismo constituía una respuesta burguesa a los productos finales del progreso, forjado por la civilización moderna. En las corrientes revolucionarias del socialismo, la cuestión no se planteaba de la misma manera, pues el esplendor de la civilización moderna se ha debido, entre otras cosas, a la explotación de los pueblos coloniales. Sin embargo, por aquí penetraba una ilusión moderada: se suponía que aquella civilización, que les llevaba a los “pueblos atrasados” o “débiles” los grilletes de la esclavitud económica, obtendría la posesión de los mismos pueblos y los ayudaría a destruir a sus verdugos. Recién con la modificación del modelo de desarrollo del capitalismo, cuando la dominación financiera e imperialista se define en toda su extensión y profundidad, los teóricos del socialismo revolucionario pusieron en ecuación las respuestas correctas, aunque la demostración de que las nuevas corrientes de la historia no estaban totalmente atadas a los determinismos de los macrodinamismos de la civilización capitalista aún dependiera de las revoluciones proletarias. Aquéllos tendrían que manifestarse, pero de formas y según cuadros históricos que no eran determinados desde las naciones más poderosas del capitalismo avanzado.

No tendría sentido dedicarle aquí un espacio mayor a este aspecto del tema. Lo que importa señalar es que la referida ilusión cumplía una función histórica clara en la periferia del mundo capitalista, cualquiera fuese su período en el proceso de colonialismo y de modernización controlada. Aquélla abría las rupturas a la luz de un *orden ideal*, que se construiría gracias al —y a través del— mismo desarrollo capitalista y del modo de compartir el patrón de civilización que lo hacía posible. Este orden ideal contenía un significado constructivo, ya que fomentaba las “rebeliones idealistas” (y, a veces, “espiritualistas”) de los sectores más inquietos de las elites de las clases dominantes de los países periféricos; no pocas veces se han producido conflictos con *presiones de abajo*, que han comprometido la insatisfacción de grandes masas humanas. No obstante, donde las mismas elites de los

estamentos dominantes controlaron el proceso de ruptura con el colonialismo, esto no podría suceder —las rupturas más profundas fueron arrojadas hacia un futuro remoto, hacia una época en la cual las rebeliones tendrían que nacer de los propios movimientos de masas y de las luchas de clases—, así que las tragedias de las naciones capitalistas centrales comenzaron a ser vividas, con atrasos considerables, como comedias de las naciones capitalistas periféricas. Parecía que el *arranque providencial* dependería de otro factor, como la prosperidad de la agricultura y el volumen de la exportación, el orden jurídico, la organización nacional, la expansión de ciudades industriales y la industrialización de porte, la educación, la salud pública, los gobiernos esclarecidos, la planificación a escala nacional, el desarrollismo, la explotación de las riquezas nacionales, los *gobiernos fuertes modernizadores*, una asociación articulada con el imperialismo, etc. La gran ventaja de la ilusión es que la misma era una especie de hidra con muchas cabezas. Cuando una esperanza era degollada, enseguida surgían otra u otras esperanzas como parte de un proceso de comunicación selectiva, organizado en el exterior y graduado con el fin de vitalizar las ilusiones burguesas, algunas veces con recursos de los pobres países periféricos, invertidos en organismos internacionales, continentales o “nacionales”. Fuera de estos aspectos, la influencia psicocultural que está siendo debatida provocaba efectos útiles. El más importante consistía en crear en las *burguesías* heterónomas o dominadas una falsa conciencia social de autonomía universal (hacia adentro y hacia afuera). Varios emprendimientos se hicieron posibles gracias a ese efecto de ilusión, hayan o no hayan sido realizados en “colaboración” con intereses y fuerzas económico-culturales externos. Otro fue designado por un ensayista brasileño, Oliveira Viana, como el “idealismo constitucional”. Las ilusiones ayudaban a concebir el orden jurídico-político “perfecto”. Por supuesto, nada era hecho con total seriedad (en términos de autoafirmaciones que excedieran la situación de intereses de las clases dominantes). Sin embargo, se abrían resquicios para la difusión de ideales que tuvieran su significado en la polarización radical de las generaciones jóvenes

y en el fomento de la inquietud social de las masas oprimidas. Por último, se deben considerar las incidencias “humanitarias” e “iluministas”, en la esfera de la educación, de la difusión de valores democráticos, de la salud pública, del nacionalismo como fuerza suprema, etc. Los fracasos no deben impedir que se reconozca el terreno ganado. Grupos relativamente pequeños, pero con audiencia, se desprendían del “monolitismo conservador” y se dedicaban a la defensa de una modernización hecha con ingredientes externos, pero concebida y madurada desde adentro. Lo malo es que globalmente la ilusión se cerraba sobre sí misma y no ayudaba a que las inteligencias críticas o rebeldes se volvieran críticamente hacia la *forma de desarrollo* para que concentraran su afán modernizador o innovador en la elección de “medios posibles” o “accesibles”. Tal era la confianza en que, *a largo plazo*, “todos no estarían muertos”: la revolución burguesa se liberaría de sus amarras históricas, rompiendo resistencias, carencias y obstáculos, y haría que la periferia pudiera disfrutar la plenitud de la civilización moderna.

El dilema económico de América Latina consiste en que esa óptica burguesa no cuestiona históricamente *la forma* del desarrollo capitalista, sino que se mira hacia *el modelo* vigente en determinado momento del desarrollo capitalista (o hacia *un modelo idealizado*, a través del cual ciertas burguesías lograron su arranque industrial y la constitución de una sociedad de clases capaz de contener y regular el antagonismo central entre el capital y el trabajo). Ahora bien, la forma del desarrollo permitiría cuestionar lo que ya List había descubierto: el país o los países más fuertes tendrían un control del mercado mundial y ventajas crecientes en la acumulación capitalista. Los países que no pretendieran someterse a controles externos coloniales y semicoloniales o que quisieran escapar a una dependencia económica ruinosa tendrían que luchar por su *autonomía de desarrollo capitalista*. Por su parte, los modelos de desarrollo podían ser compartidos con las economías periféricas. En realidad, para que la colonización se realizara o para que la situación neocolonial y la situación de dependencia produjeran frutos, resultaba imperioso compartir

el modelo, por lo menos en la medida y en los límites en que las economías coloniales, neocoloniales y dependientes tuvieran que encajarse en las estructuras y en los dinamismos económicos del centro o de los centros dominantes. Ello no significaba que, en determinado momento, alcanzarían el desarrollo de dichos centros, lo igualarían y lo superarían. Porque, en las situaciones coloniales, neocoloniales y de dependencia, esto era imposible (y hasta el día de hoy, según Baran, sólo ha sucedido en los Estados Unidos y en Japón, y por motivos que no son intrínsecos a esas situaciones y tienen que ver con la ruptura política respecto a ellas y su disgregación deliberada, como parte del “cálculo económico racional” y de la “razón política nacional independiente”). Lo que ocurrió en América Latina, a escala universal, fue que los estamentos dominantes y privilegiados *prefirieron optar* por la línea más fácil de sus intereses y ventajas, dándoles prioridad total a las soluciones económicas montadas en el período colonial, con todas sus aberraciones. Hicieron el célebre “gran negocio” con referencia a las respectivas naciones en eclosión histórica, alineándose con Inglaterra o con otros países para compartir con esos centros la explotación de sus propios pueblos. Hoy en día está de moda la palabra “cooptación” y se podría decir, blandamente, que “fueron cooptados desde afuera”. Pero esto no sería verdad. En su horizonte intelectual, económico y político, las elites de esos estamentos no veían, colectivamente, en la *Nación independiente* una salida histórica. Ésta fue arrojada hacia un futuro remoto y se empezó a construir un mundo capitalista neocolonial (que, en unos pocos países, sirvió de base para el florecimiento ulterior del capitalismo dependiente).

Esto significa que el dilema económico expresado a través del capitalismo neocolonial y del capitalismo dependiente no fue un simple producto de las *corrientes de la historia moderna*. Los países europeos (y más tarde los Estados Unidos) no impusieron nada que fuera inevitable. Las fuerzas movilizadas para luchar contra las dos metrópolis fueron desmovilizadas por los sectores civiles y militares. Esto comenzó a preocupar a aquellas elites de manera sustancial; fue como impedir que la herencia colonial se

disgregara, se escabullera entre sus dedos. No se podrá decir que tal opción tendría valor y vigencia para siempre. Sin embargo, hoy en día, bajo el capitalismo monopolista e imperialista, está claro que por sí mismo el desarrollo capitalista no ofrecerá nuevas alternativas a las naciones latinoamericanas que se encuentran en situación neocolonial o en situación de dependencia. Ellas podrán pasar por los *períodos* de las economías centrales —y esto está ocurriendo en las principales economías y sociedades de la región—, pero esos períodos no podrán reproducir los mismos efectos, porque el contexto histórico, la estructura de la economía, de la sociedad y del Estado, son diversos bajo la forma neocolonial o dependiente de desarrollo capitalista. México, Argentina, Brasil, Uruguay y Chile, sin hablar de los países que no han roto las barreras neocoloniales hasta hoy, por ejemplo, indican claramente todo esto. Cuando prematuramente la presión de abajo hacia arriba se intensificó de modo revolucionario, la misma fue aniquilada, aplastada, y sirvió de pretexto para modalidades políticas de autodefensa de la burguesía que recuerdan la autocracia y el despotismo. Por otro lado, en la medida en que el período de la formación del proletariado alcanzó mayor madurez y trató de organizarse para desarrollarse como clase independiente, el proceso fue contenido, interrumpido o interceptado por la violencia organizada. En consecuencia, las fuerzas sociales, que podrían funcionar como contrapeso y poner en la escena histórica el problema de la forma del desarrollo capitalista, ni siquiera han podido hacerlo. Las tenazas de la historia son cerradas por las manos de los hombres: los hombres que están en el poder, dentro de las empresas, de las instituciones sociales y del Estado, y que no ven otra cosa a no ser lo que pueden extraer del botín, aliados con socios de varias categorías sociales de adentro y de afuera.

Por tal motivo, elegí el concepto de “transformación capitalista” con el cual trabaja Lukács, y puse el énfasis en los *límites* que aquélla sufre inevitablemente. No quiero decir con esto que la revolución burguesa haya fracasado, como incluso piensan algunos científicos sociales de reconocidos méritos, liberales o de izquierda. El punto más grave, que se configuró en las naciones

latinoamericanas de mayor envergadura económica, demográfica y política, es que la revolución burguesa acabó definiéndose y desatándose *por la cooperación con el polo externo* y a través de iniciativas modernizadoras valiosas, *desencadenadas por el polo externo*. El Estado autocrático burgués (o como otros lo prefieren, el Estado neocolonial, o incluso Estado de seguridad nacional) acabó siendo el eslabón mediador por el cual una revolución que dejó de ser hecha *por decisión histórica* está caminando por la senda de la *modernización dirigida y autocrática* y por la *transformación de estructuras previamente encauzadas o esterilizadas*. En realidad, en la medida en que la *forma* del desarrollo capitalista no era tocada por los intereses mayores, el nuevo *modelo* de desarrollo capitalista tenía que conducir en esa dirección. El mismo es *internacionalizante* por contingencia histórica (la lucha de vida o muerte con las naciones socialistas) y por su *dinamismo interno* (el capitalismo de la era del imperialismo, que tiende a unificar la autodefensa y la seguridad de la empresa mundial en la esfera de la producción, del mercado y de las finanzas). Por lo tanto, la burguesía externa sacudió la apatía y las ilusiones de progreso espontáneo que tenía la burguesía neocolonial y dependiente, y la revolución burguesa se profundizó, literalmente, como una catástrofe histórica. La periferia verdadera del capitalismo monopolista avanzado está siendo construida ahora, *en nuestros días*. La misma será profundamente modernizadora, provocará transformaciones nunca antes soñadas de la economía industrial y de la sociedad de clases. Empero, para mantener el desarrollo desigual y combinado, en términos de las ventajas estratégicas de las clases burguesas, del centro y de la periferia, tendrá que despojar a la revolución burguesa de los atributos que han definido su grandeza histórica en la evolución de la civilización moderna.

Desde esa perspectiva, la cuestión de los límites de la transformación capitalista se vuelve esencial. Al contrario de lo que muchos piensan, las clases burguesas avanzan en dos direcciones simultáneas, *no se han detenido*: aceleraron el desarrollo capitalista de modo unilateral, tratando de “quemar etapas” *como puedan y sin arriesgarse*; buscaron una articulación más flexible

y eficaz entre el “capital interno”, el “capital externo” y la actuación del Estado. El primer punto merece seria atención. No es probable que los riesgos potenciales crecientes de la modernización tecnológica, de la industrialización masiva y de la excesiva concentración de los “polos dinámicos” no hayan sido tenidos en cuenta. Los avances en esa dirección sólo quieren decir una cosa: las clases burguesas están preparadas para enfrentar, *de manera escalonada*, tales riesgos, y están trabajando con ellos de la misma forma “articulada” y según los “dictámenes de la cooperación internacional”: la modernización institucional fue desplazada hacia esa área y ya se puede percibir cuáles son las tendencias de su crecimiento, ya sea en los sindicatos, en las universidades y escuelas superiores, en los programas de “mejora de la calidad de vida” y de “planificación comunitaria”, o en la actuación de los partidos del centro y de los sectores conservadores de la Iglesia católica. Dos fenómenos concomitantes pueden favorecer inmediatamente esas tendencias: la formación de una pequeña burguesía laboriosa en la cresta del trabajo industrial calificado y los efectos directos o indirectos de la tecnología de capital intensivo. El segundo punto ha sido observado de manera muy superficial en las esferas del pensamiento crítico, teórico o activista. Muchos dan por sentado que el conflicto sectorial de intereses o el antagonismo básico entre el “capital nacional” y el “capital extranjero” impiden una acción coordinada de las clases burguesas. Y es generalizada la propensión a tomar en serio las reclamaciones de algunos estratos de la burguesía con respecto al “gigantismo” económico estatal. Es necesario poner las cosas “en su lugar”, en términos de la situación total. Desde ese ángulo, se percibe que existen dos movimientos simultáneos y convergentes del capital: uno que proviene de las multinacionales y de las naciones capitalistas hegemónicas y se dirige hacia los países huéspedes clave, otro que sale de estos países y va en sentido opuesto. Éste constituye un movimiento histórico, y si no crece y se consolida, el capitalismo se desintegrará con mayor rapidez. Por lo tanto, la articulación y la cooperación ordenada de acuerdo con planes no son esporádicas, sino que forman parte de la

naturaleza íntima del capital monopolista en la fase actual. En consecuencia, el Estado y la Nación no pierden su particularidad y su eficacia para las clases burguesas. Pero ambos son colocados dentro de la estrategia global de la lucha contra el socialismo y de la necesidad de crecimiento continuo. ¿Qué representa esto para la periferia, particularmente para las naciones capitalistas neocoloniales y dependientes de América Latina? Probablemente que la *seguridad en bruto* deberá, a mediano plazo, ser reemplazada por *seguridad consensuada*, obtenida, si fuera preciso, sobre la base de la cooptación generalizada de ciertos segmentos de las clases medias y del proletariado. Las funciones legitimadoras del Estado capitalista deberán crecer, pero ese proceso nuevamente se volverá contra los intereses de esas naciones y de sus mayorías pobres. Habrá abundancia de televisores para suavizar los sacrificios y se recurrirá ampliamente a la comunicación cultural masiva sofisticada para introducir algún tipo de compensación visible en la “calidad de vida”. Sin embargo, a juzgar por los Estados Unidos, nos aguarda un período terrible y angustiante (*si no se intenta —o si se intenta sin éxito— revertir las tendencias históricas del capitalismo monopolista imperializado de las naciones capitalistas estratégicas de la periferia*).

A esa “oportunidad histórica” de las clases burguesas le corresponde (y no podría dejar de corresponderle), una *oportunidad histórica* de las clases trabajadoras (incluso de sus sectores desposeídos más marginados). La “revolución burguesa atrasada” provocará —quiéranlo o no las elites económicas, políticas y militares de las clases burguesas— un ensanchamiento del espacio histórico de las clases trabajadoras y tendrá que abrir un espacio político creciente, por lo menos para el *arbitraje* de divergencias entre el capital y el trabajo y para la maduración de “movimientos radicales tolerados” (en realidad, estimulados como alternativas para desplazar a los jóvenes de los *conflictos ideológicos* y a los obreros de la *lucha de clases*). Por este camino se delinea una situación histórica que tiene puntos de contacto con las viejas sociedades industriales europeas. Los proletarios y los trabajadores del campo podrán tener un acceso cada vez mayor al *uso libre*

de medios de organización que son típicos del *trabajo libre*. Por lo tanto, el surgimiento y la maduración de la *clase en sí* y el desarrollo independiente de la clase en sí constituyen una realidad histórica ineludible. No se sabe a dónde nos llevará esto, pues bajo el desarrollo capitalista autosostenido (y con una base móvil de riqueza, robada a las colonias de varios tipos) las clases burguesas disponían de un espacio histórico y político para modificar sus relaciones con el movimiento obrero, sindical y socialista. Por otro lado, es imposible anticipar el comportamiento colectivo de las clases trabajadoras, cómo van a reaccionar al condicionamiento psicológico en la industria y fuera de ella. Por eso, es imposible evaluar cómo se relacionará el movimiento proletario en América Latina con los cambios sociales progresivos en marcha, unos de tipo capitalista, otros de naturaleza socialista. El inmenso esfuerzo de cooptación externa, a través de sindicatos, partidos y órganos de comunicación masiva, podrá o no producir los resultados esperados. Por otro lado, la formación de una aristocracia obrera podrá o no provocar efectos equivalentes al servilismo sindical. En realidad, lo esencial es que *éste es un momento de opción histórica* para las clases trabajadoras y para sus grupos o movimientos de vanguardia. La oportunidad que han tenido los estamentos señoriales o privilegiados en las luchas contra la dominación metropolitana y por la Independencia comienza a configurarse para *los de abajo*. Ellos podrán entrar en las corrientes históricas de defensa del capitalismo, engrosando las filas de la contrarrevolución abierta o disimulada. Pero también podrán avanzar directamente en la dirección de las corrientes históricas de nuestra época, que llevan al socialismo y a un nuevo patrón de civilización.

Dadas las proporciones de la masa de desheredados y el carácter concentrador de la riqueza y de la participación cultural que el capitalismo monopolista está asumiendo en la periferia (por supuesto que la intensidad aterradora de la concentración por el momento es circunstancial, pero también es previsible que el capitalismo monopolista dependiente *necesitará mucho tiempo* para diluir la tendencia a la hiperconcentración), lo que se puede imaginar es que las clases burguesas enfrentan dificultades

insuperables. Ellas no pueden repartir la torta entre el centro y la periferia y, dentro de la periferia, entre apetitos tan diversos, y aún contar con alternativas para superar históricamente el dilema económico del capitalismo en América Latina. Es decir, el carácter de *eslabones débiles* no sólo se preserva, sino que se fortalece. El desarrollo desigual y combinado podrá manifestarse dentro de un juego de apariencias ilusorio. A pesar de ello, los “polos insatisfechos” tenderán a salirse del camino y buscarán su propia trayectoria. Quienes buscan el consenso por la cooptación y por la falsificación de la realidad acabarán enfrentándose a la realidad cruda: una *era de lucha de clases*, que pondrá a la violencia organizada al servicio de las clases trabajadoras del campo y de las ciudades. Aunque esa era, al principio, pueda ser compatibilizada con la “reforma del capitalismo” (como ya sucedió antes, bajo revoluciones burguesas “clásicas”), a mediano o a largo plazo ella tendrá que saltar por sobre sus ejes menores, volverse anticapitalista primero y socialista después.

Los límites de la transformación capitalista, a pesar de la articulación entre clases burguesas nacionales y extranjeras, tenderán pues a escapar del control de la burguesía. En el marco de frustración histórica secular de América Latina y ante los conflictos de un capitalismo monopolista o neocolonial (que aún está por nacer) o dependiente (puesto en marcha y creciendo en algunos países clave) esa pérdida de control podrá convertirse, gradual o rápidamente, en un factor de agravamiento de la lucha de clases y de disgregación acelerada de la sociedad de clases capitalista. Es imperioso que las clases trabajadoras se preparen para enfrentar tales situaciones históricas —que los sindicatos y los partidos obreros, principalmente, realicen un movimiento simétrico al de las clases burguesas, intentando unificar sus fuerzas y crear una cooperación efectiva a pesar de las divergencias, para trabar las batallas decisivas de acuerdo con una estrategia propia y dentro de un escalonamiento que posibilite victorias sucesivas. De a poco, con el aumento del espacio histórico y político de las clases trabajadoras, las divergencias podrán fructificar sin debilitar a sus agentes. Por el momento, estamos frente al inicio de dicho proce-

so —a pesar de Cuba—, del cual dependerán los límites externos más profundos: el fin del colonialismo indirecto y el colapso del capitalismo salvaje.

LAS LECCIONES DE CUBA

En estas reflexiones, Cuba nos coloca frente a tres temas fundamentales: en ese país, las orientaciones de los estamentos dominantes, en las luchas por la independencia, siguieron las líneas comunes de América Latina: allí se evidencian mejor (o de una forma en la que no fue posible que se evidenciaran en el resto de América Latina) las tendencias centrífugas de la burguesía, su incapacidad total de desplazar la “defensa del capitalismo” a favor de la descolonización completa, de la revolución democrática y de la revolución nacional; por último, el camino recorrido por Cuba demuestra que no son la pobreza, el subdesarrollo y la “apatía del pueblo” los que convierten la miseria, la marginación sistemática y la exclusión política de las masas en precondiciones del “desarrollo económico”, sino la explotación capitalista dual, por la cual las clases dominantes internas y las naciones más poderosas de la tierra se asocian en un brutal latrocinio sin fin. Quienes quieran conocer otros aspectos de la evolución revolucionaria de Cuba y de su desarrollo socialista tendrán que recurrir a un libro anterior, en el cual intenté trazar las etapas de profundización histórica de la Revolución Cubana.⁴

El primer aspecto ofrece un interés menor, pero debido al hecho de que en Cuba la página de la historia se ha dado vuelta por completo, el mismo tiene un significado didáctico “concluyente”. La posición de los estamentos dominantes en las revoluciones de 1868 y 1895 y su incapacidad de corresponder a la necesidad revolucionaria global se hacen evidentes de forma ostensiva. Ante la imposibilidad de *contener la revolución en el plano político*, en

⁴ Florestan Fernandes, *Da guerrilha ao socialismo: a Revolução Cubana*, São Paulo, T. A. Queiroz, 1979. Al final del libro hay una bibliografía seleccionada sobre la Revolución Cubana.

las dos ocasiones aquellos estamentos se desplazaron hacia posiciones contemporizadoras y, finalmente, antinacionales y reaccionarias. En la guerra de 1868, favoreciendo la perpetuación transformada del régimen colonial español; en la guerra de 1895, favoreciendo una tutela neocolonial de los Estados Unidos, que exigía una amplia y prolongada colaboración institucional de las clases dirigentes cubanas. Lo que importa resaltar, para el caso, es que las estructuras económicas y sociales forjadas por la economía de exportación no identificaban los estratos económicos y dirigentes con los intereses colectivos del pueblo. Al levantar las banderas de la independencia y de la formación de un Estado independiente, aquellos estratos sólo completarían la revolución política *si* estuvieran en condiciones de imponer su control militar y su autoridad política a las fuerzas revolucionarias de extracción popular. Esta reflexión comparativa permite entender mejor qué sucedió, de manera reiterada, en el resto de América Latina: en casi todas las situaciones, los estamentos privilegiados no tuvieron necesidad de retroceder porque no se vieron bajo el riesgo probable de tener que llevar la revolución más lejos, hacia los niveles económico y social, si querían completar el ciclo de la transformación de las estructuras de poder en el ámbito de sus intereses particulares. El retroceso, por lo tanto, no presupone la “inviabilidad” de soluciones revolucionarias que no se concretaron. El mismo ilumina la historia: demuestra que, dentro del horizonte económico y político de los estamentos dominantes, o la revolución se concluía sin mayores consecuencias de reorganización de la economía y de la sociedad (interrumpiéndose a nivel político), o bien no se concluiría (es decir, cualquier victoria posible, con base en la actividad de las masas populares y de líderes militares revolucionarios más o menos autónomos, sería condenada al sabotaje). Es por este camino que se descubre *todo el velo*, que en otros países quedó retraído. Los estamentos privilegiados aceptaron la revolución para dar nacimiento a gobiernos bajo su control estricto, lo que provocaba que la transformación del Estado se operara bajo una eclosión revolucionaria circunscripta. Sin embargo, el crecimiento de la Nación fue, por esto mismo,

deliberada y cuidadosamente disociado de la revolución como proceso histórico-social. Ésta tendría que darse de a poco, a lo largo de una evolución conturbada, que llevaría, en diferentes lugares, a los mismos intereses “conservadores” y “antinacionales” a solapar la formación y la autonomización de la Nación.

El segundo aspecto es más importante. Se podría preguntar: dadas las nuevas condiciones del desarrollo capitalista y la transformación de los estamentos señoriales en clases burguesas, ¿la historia no habría, finalmente, cambiado de eje? ¿No les interesaría, más tarde, particularmente a las clases burguesas, corresponder al interés global de las otras clases de llevar la revolución nacional hasta el fin y hasta el fondo (y, con ella, soltar a las otras revoluciones concomitantes)? Sólo en Cuba esa posibilidad histórica se delineó concretamente y sólo por esa experiencia se puede inferir también de forma concreta. Mientras les fue posible, las clases burguesas aprovecharon las oportunidades históricas, culturales y políticas del capitalismo neocolonial y se quedaron con la parte más sucia en la producción del botín y del manejo de la “República mediada”. Bajo el régimen de Batista las cosas llegaron demasiado lejos y varios sectores de la burguesía se desplazaron de sus posiciones. La oportunidad alternativa de una articulación más profunda con *las fuerzas revolucionarias de la Nación* surgió concretamente. Parecía que, bajo el gobierno revolucionario, salido de la victoria de los guerrilleros, se consumaría ese tipo de avance. Sin embargo, el mismo no se dio. Muchos reflexionan sobre el asunto desde una perspectiva unilateral: los propios guerrilleros y la rapidez de la radicalización popular impidieron esa evolución. Ahora bien, es necesario plantear este argumento en su contexto histórico. A través de los estratos de las clases medias y altas, que encontraron la respuesta en el movimiento revolucionario, la burguesía *tuvo la oportunidad pero no la aprovechó*. ¿Por qué? Evidentemente, porque no es una clase revolucionaria en las condiciones históricas de América Latina, porque defiende sus intereses de clase en términos de su vinculación con el capitalismo neocolonial y con el capitalismo dependiente, no siendo siquiera capaz de situarse en una posición de clase que permitie-

ra conciliar aquellos intereses con la autonomía de la Nación, la existencia de una democracia burguesa real y la extirpación de formas subcapitalistas de explotación humana.

No fue la “mala fe” o el “sabotaje” de los guerrilleros lo que bloqueó a la burguesía cubana. Ésta no podía avanzar en la dirección necesaria porque estaba magnetizada por intereses capitalistas *inmovilizantes* que exigían la continuidad del *statu quo ante* (es decir, colisionaban de manera frontal con la revolución). Por su parte, la presión popular de fuerzas proletarias urbanas y agrarias no debe ser tomada como una “maniobra contra la burguesía”. La efervescencia de esas fuerzas marcaba el nivel de la historia, hasta donde la burguesía tendría que avanzar para realizar un trayecto revolucionario completo. La solución por la fuerza bruta, a su favor, estaba excluida. El gobierno revolucionario, fiel a sus compromisos con la descolonización, con la implementación de la democracia y con la independencia de la Nación, le garantizaba eficacia política a la presión popular. Por lo tanto, la cuestión global no es la de una supuesta “debilidad de la burguesía”, sino que es, *concretamente*, de los marcos y del significado de la revolución en América Latina en esta época histórica. La bandera revolucionaria no podría quedar en manos de una burguesía que se plantaba obstinadamente en el mismo circuito histórico de la reacción metropolitana de los Estados Unidos. Aquélla se había desplazado hacia “los de abajo”, se encontraba en manos de las mismas masas populares que exigían que el gobierno revolucionario se lanzara *inmediatamente* a la reforma agraria y a la concreción rápida de los demás fines de la Revolución. Punto final. La página de la historia se dio vuelta completamente, sin la colaboración fructífera de la burguesía como tal. Ésta se había agotado porque la forma de desarrollo capitalista a la cual había atado su destino y su capacidad de acción política no respondía (como nunca respondió) a las exigencias de la situación. Desde que el grueso de la población (es decir, las clases desposeídas y oprimidas) subió a la superficie y pudo exteriorizar para qué venía, la burguesía estaba fuera del juego, y con ella el poder imperial del cual había sido títere.

El tercer aspecto plantea, de hecho, el problema de la revolución en el contexto histórico actual de América Latina. Es un error pensar que la burguesía puede moverse con cierta libertad a través de una posible “reforma del capitalismo”. La principal lección de Cuba es esa. Este país le muestra al resto de América Latina cuál es el camino que puede y debe ser seguido en el presente, presumiblemente en condiciones diversas y mucho más difíciles. La “revolución burguesa atrasada” tiene tres polos distintos: un fuerte polo económico, financiero y tecnológico internacional; un polo burgués nacional dispuesto a correr el riesgo de la “profundización de la dependencia” y lo suficientemente audaz como para explotar esa “última vía” de la transformación capitalista en las condiciones tan inhumanas de la región; una forma absolutista de Estado burgués, tan flexible como para hablar varios lenguajes políticos y tan fuerte como para oscilar rápidamente, al calor de las circunstancias, de la dictadura militar con respaldo civil hacia la “democracia ritual” con respaldo militar. Esos tres polos tienen que relacionarse de modo mucho más complejo que aquel que se evidenció en Cuba bajo la República títere. A medida que la industrialización masiva, la modernización acelerada y el desarrollo concentrador se vayan liberando de los controles rígidos de los períodos de implementación y de maduración, sus efectos, su significado global y todo el conjunto de políticas a las que aquéllos responden tendrán que ser cuestionados. El “diálogo sordo” del *diktat* tendrá que ser reemplazado, a veces más rápidamente de lo que les gustaría a las clases burguesas, y por sobre las posibilidades de “disuasión pacífica” del Estado, por el diálogo verdadero. Por mayor que sea la masificación de la cultura política dirigida, las clases trabajadoras se harán cargo de los canales de diálogo verdadero y el “capitalismo reformado” probará su inconsistencia básica. La perspectiva será la de una existencia dolorosa, con la República títere sujeta de manera permanente a varios endurecimientos sucesivos, a una escala ampliada con respecto de lo que sucedió en Cuba desde el ascenso de Machado hasta la caída de Batista. Al recurrir a cambios de carácter revolucionario, sin ser una clase revolucionaria, la burguesía acepta ese peligro extremo,

mal evaluado por falta de perspectiva política. El inmediatismo es casi siempre ciego. Éste lleva al cálculo de que “quien puede más llora menos”. Pero quien “puede más” por algunos años, o incluso por mucho tiempo, acaba por “poder menos”. Quien no crea en ese razonamiento, que observe el desastre sufrido por la burguesía cubana y por los Estados Unidos desde 1959 hasta 1962, en la veloz evolución de la Revolución Cubana.

Esta discusión puede parecer *biased* o “ideológicamente contaminada”. De hecho, se corresponde positivamente con ciertos valores, con la explicitación necesaria de intereses y de ideales políticos que comparto. Sin embargo, no fui yo quien los puso en el centro de la historia. Sería absurdo pretender analizar una situación histórica tan compleja ignorando todas las fuerzas que exceden la defensa activa o violenta del orden. Ahora bien, todas las fuerzas —contrarrevolucionarias y revolucionarias— merecen ser tenidas en cuenta; ignorar estas últimas equivale a no estar interesado en el futuro... La revolución burguesa atrasada no tiene envergadura para enfrentar y resolver tareas que la revolución burguesa “clásica” sólo ha solucionado parcialmente, en Europa y en los Estados Unidos, en un contexto histórico producido en gran parte por el poder colectivo de acción innovadora y constructiva de la burguesía en ascenso o en consolidación como clase dominante. Además, recién ahora se delinea estructuralmente la capacidad de acción organizada y de presencia colectiva contestataria de las clases desposeídas y oprimidas de América Latina, en lucha por la condición de clase en sí pero con potencial para convertirse rápidamente en clase revolucionaria. Desde una perspectiva “multinacional”, y a partir de una “óptica capitalista conservadora”, parece que las clases burguesas podrán remontarse, desde la propia situación histórica. Se necesitaría solamente soportar la “aceleración del desarrollo”, el momento más difícil, para más adelante poder “ofrecerles a todos recolectar más frutos”. Sucede que ésa no es la historia que parece estar en *proceso real*. ¿Qué significa *ofrecer más* y cuánto podrán *todos* recoger en las funciones de legitimación de un régimen capitalista que tiene que comprar las conciencias de sus enemigos de clase

y debe recurrir permanentemente al *consentimiento impuesto*? Es cierto que el modelo de desarrollo capitalista monopolista le da un respiro a la burguesía. Sin embargo, ese respiro no puede compensar la socavación de la posición de clase dominante que se procesa (y que crece geométricamente) gracias a la forma persistente de desarrollo capitalista dependiente. Se configura, así, una muralla china para la burguesía, digamos, el equivalente a su castillo feudal. Ésta está atrapada y a merced de la presión de los de abajo, lo que se hará sentir mejor desde el momento en que los efectos positivos y negativos de la industrialización masiva, de la modernización acelerada y del desarrollo concentrador funcionen como factor explosivo de recuperación histórica de situaciones revolucionarias congeladas por la fuerza bruta.

Los requisitos de la acumulación capitalista (y, por lo tanto, de la aceleración del desarrollo económico y de la explotación dual) son también los requisitos de la sustitución de las clases dominantes por clases verdaderamente revolucionarias o, en otras palabras, por el advenimiento de una revolución que no se extinguirá a nivel político. Aun aquí el paralelismo cubano es relevante. La Revolución Cubana revela la naturaleza íntima de la *revolución en avance*, que tiene que disgregar y destruir todo el orden preexistente hasta el fondo y hasta el fin, para echar las bases de la formación y de la evolución históricas de un nuevo patrón de civilización. Los portugueses, los españoles, sus sucesores en el condominio del Estado capitalista “oligárquico” o “autocrático” y sus poderosos aliados imperiales no podrían realizar esa misión. Modernizando, transfiriendo o innovando, ellos estaban reproduciendo el pasado en el presente, creando un futuro que no contenía una auténtica *historia propia*, un genuino *proceso civilizador original*. Éstos sólo podrían brotar tardíamente, en función del surgimiento de clases dominantes revolucionarias salidas de la masa de toda la población y representantes de toda la población.

¿QUIÉN “APROVECHA LAS CONTRADICCIONES” EN LA LUCHA DE CLASES?

El lenguaje de *El manifiesto comunista* es claro: en este texto no se dice que la “lucha de clases” reemplaza a los agentes ni tampoco que las “contradicciones antagónicas” destruyen, por sí mismas, el sistema capitalista de poder. Frente a una clase obrera que apenas si se estaba convirtiendo en *clase en sí* y estaba comenzando a utilizar la lucha de clases para lograr un desarrollo independiente frente a la burguesía, lo que adquiriría importancia era la forma y el sentido de esa lucha, a dónde llevaba ésta, qué le reservaba al capitalismo y a la evolución de la humanidad. Los proletarios tenían que organizarse como clase en sí, pero el desarrollo independiente de ésta, a escala nacional, dependía tanto del desarrollo de las fuerzas productivas, es decir, del capitalismo, como de la vitalidad económica, social y política de la burguesía. Además, la condición proletaria, producida y reproducida por la apropiación capitalista de la riqueza generada por el trabajo, constituía un sustrato, la base material de la relación antagónica de los proletarios con los dueños del capital y con la sociedad capitalista como un todo. El fermento político revolucionario procedía de la conciencia social que los proletarios adquirieran colectivamente, de que tenían que desarrollarse como clase independiente, enfrentar, reducir y abatir la supremacía burguesa, y conquistar el poder de la burguesía. Ésta venía a ser la óptica comunista del socialismo. Ahora bien, es evidente que no se puede transferir hacia la periferia del mundo capitalista, así como así, semejante visión articulada de la lucha de clases. Ésta era el producto de una larga evolución social. Y las primeras manifestaciones de la condición revolucionaria del proletariado como clase social o bien fueron absorbidas por el orden social competitivo, ampliándose así, concomitantemente, el elemento político intrínseco a la lucha de clases, o bien fueron aplastadas sin piedad por las clases dominantes, demostrándose de esa manera hacia dónde caminaría el “terrorismo burgués”. La cuestión no sería, como se podría suponer desde una perspectiva no marxista, que el mundo capi-

talista de la periferia tendría que “permanecer igual”, antes que nada, al mundo capitalista “conquistador” e *imperial*. Esto sería, para siempre, imposible, pues la historia camina incesantemente y el capitalismo tendría que rehacerse continuamente, en sus polos centrales y más dinámicos. Por lo tanto, ¿cómo se les podría otorgar a los proletarios, dotados de baja capacidad de organización de clase y de un débil potencial de lucha de clases a escala nacional, una fuerte conciencia revolucionaria y una disposición imbatible para llevar a la práctica las tareas políticas del proletariado? A pesar de las desventajas históricas relativas, ¿podría el proletariado trascender a la burguesía, ser él mismo un factor de aceleración y profundización de la revolución burguesa en países en los que las clases dominantes sienten poco entusiasmo por las garantías sociales y políticas inherentes a la forma más avanzada y pura de dominación burguesa, y luchar, al mismo tiempo, por una nueva transformación del orden existente, por la *revolución proletaria*? La respuesta a estas preguntas permitía poner en ecuación, en nuevos términos, la relación histórica entre *democracia burguesa* y *democracia proletaria*, e implantaba dentro del marxismo la convicción de que la periferia, antes de “permanecer igual” al mundo capitalista más avanzado, extraería de su atraso el factor de su avance revolucionario. Ésa es la lógica política del *¿Qué se puede hacer?*

Esta condensación es demasiado sumaria. Pero la misma aclara suficientemente el punto fundamental. En primer lugar, las “contradicciones” no son sólo una construcción abstracta, sino que forman parte de relaciones sociales reales y tienen que emerger como tal en la vinculación de los proletarios con su sociedad. En segundo lugar, las “contradicciones” no impiden que el capitalismo se expanda constantemente y que el poder de la burguesía continúe creciendo, pues forma parte de la lógica íntima del capitalismo y del régimen de clases que éstos tengan que desarrollarse en esas condiciones. En tercer lugar, las “contradicciones” pasan a contar como un factor de *poder real* para los proletarios desde el momento en que se hace posible, para éstos, ensamblar las condiciones de constitución de la clase con las condiciones de lucha

con las clases dominantes; de allí en adelante, el desarrollo del capitalismo expresa, de hecho, su naturaleza antagónica y el poder relativo del capital y del trabajo. En definitiva, las contradicciones pueden ser largamente aprovechadas por las clases dominantes y, al contrario, la existencia de una gran masa de proletarios, por sí sola, no impide que esto se mantenga como una especie de rutina. La misma violencia institucional, generada para mantener tal estado de cosas, acaba siendo instrumental, bien sea para multiplicar las ventajas relativas de las clases dominantes, incluso en la esfera restringida de la acumulación de capital, o para atrofiar la lucha de clases y la capacidad de lucha política de los proletarios, o bien para crear orientaciones conformistas y de acomodación pasiva, por las cuales los proletarios se excluyen del uso consciente y activo de las contradicciones en su provecho colectivo (lo que es engañosamente designado, por las clases dominantes, como “apatía de las masas”). Las burguesías “débiles”, de la periferia, confrontadas simultáneamente por la dominación del capital hegemónico externa y por la presión del trabajo interna, tienden a darle la máxima importancia a la relación interdependiente entre la violencia institucional y una “posición invulnerable” en la lucha de clases, buscando, de esta manera, monopolizar en su provecho el *uso deliberado* de las contradicciones intrínsecas al crecimiento del capitalismo y del régimen de clases. No pretenden, con ello, “retardar la historia”, sino protegerse dentro de la “historia posible”, pues precisan calibrar el terrorismo burgués, que no inventaron, para lidiar con los accidentes fatales y los riesgos catastróficos del capitalismo salvaje.

¿Por qué un rodeo tan grande, una introducción tan extensa? Porque es preciso combatir una “tradicción revolucionaria” mecanicista que se ha vuelto verdaderamente letal en los países industrializados de América Latina, y que consiste en dejar que las contradicciones “se acumulen” y “maduren”. ¡Como si de allí pudiese resultar algo útil para el movimiento sindical y obrero! Si éstos se mantienen indiferentes al uso que las clases burguesas hacen de las contradicciones, lo que se acumula y madura no es el desarrollo independiente ni la capacidad de lucha política de

los proletarios como clase, sino su *condición servil* dentro de la sociedad capitalista subdesarrollada. Una relación puramente defensiva (no simplemente adaptativa o pasiva) ya sería suficiente para que, bajo el capitalismo neocolonial y el capitalismo dependiente, los proletarios nunca tuvieran voz ni voto. Ello obliga a una toma de posición firme e inflexible. Las contradicciones que no son aprovechadas activamente por el movimiento sindical y obrero son canalizadas por el sistema capitalista de poder y convertidas en *apatía de las masas*, es decir, en sumisión dirigida. A la acumulación de capital le correspondería, simétricamente, una acumulación multiplicadora de poder político, centralizada en la cima de la clase dominante y en el vértice del Estado; lo que significa trabajar a contramarcha con respecto de las contradicciones, eliminando, suavizando o volviendo inocuo el carácter antagónico de la lucha de clases y permitiendo que la burguesía realice, de una sola vez, la apropiación del producto del trabajo y la expropiación de la voluntad del trabajador. Esa toma de posición *contra la corriente* es aún más imperiosa a causa del modelo de desarrollo capitalista que se está expandiendo en los países capitalistas clave de América Latina, principalmente en Brasil. Bajo el patrón monopolista de desarrollo capitalista, el proletariado adquiere ciertos medios de organización como clase que corresponden al pasaje del período en el que se veía condenado a la extrema impotencia y a la condición de “vagón de cola de la burguesía” hacia el período en que el desarrollo independiente de clase se hace posible y necesario. Sin embargo, una transformación de esa magnitud ocurrió en Europa en el marco de la primera Revolución Industrial. Aquí y ahora es preciso enfrentar una burguesía que puede combinar una gran variedad de formas y de técnicas de terrorismo burgués, que ve en la lucha de clases un elemento político específico de la *desestabilización del orden* y que incorpora el “frente interno de lucha” a la guerra fría, a escala nacional e internacional. En caso de que no haya una valiente disposición a no ceder terreno y una clara conciencia de que el proletariado y las demás clases trabajadoras no pueden ser indiferentes al “control *racional* de las contradicciones” o a

su aparente congelamiento histórico, el movimiento sindical y obrero cometerá un puro suicidio político y dejará en manos de la burguesía una supremacía absoluta. El capitalismo se “osificará” y el régimen de clases se convertiría en la base social de un sistema estático de poder, una versión moderna del feudalismo (paralelismo que, a la sazón, algunos sociólogos de espíritu crítico, como Veblen, señalaron en su tiempo).

Volvamos a Herbert Marcuse y a su análisis del aplastamiento de las relaciones y estructuras de conflictos en el mundo moderno, capitalista y socialista.⁵ Pienso que la “guerrilla individual” provocó un descarrilamiento de su incomparable facultad de utilizar el pensamiento negativo, conduciéndolo a mezclar explicaciones lúcidas y magistrales con un pesimismo desorientador. En realidad, le tocó llevar la filosofía crítica hasta sus últimas consecuencias; sin embargo, al hacerlo se sumergió en las grandes corrientes históricas actuales, lo que explica por qué entendió sociológicamente tan bien el mundo engendrado por la tecnología avanzada y omitió el hecho de que las contradicciones no pueden ser “evaporadas” en el capitalismo “tardío” ni en el socialismo “naciente”. Si ello fuera posible, ambos sistemas sólo serían diferentes en su apariencia; en el fondo tendríamos dos sistemas tecnocráticos monumentales convexos evolucionando de modo análogo e interdependiente (cuando menos, por motivos de conveniencia y para evitar la destrucción final). Sólo se puede plantear tal hipótesis si se omite la relación de las clases asalariadas en general (no sólo de los estratos proletarios) con la dinámica autodestructiva de la sociedad del capitalismo tardío y de la masa de los trabajadores con la dinámica constructiva de la sociedad del socialismo naciente (destinada a negarse, la disgregación de ésta representa una transformación creadora). Es realmente importante retener este cuestionamiento. Marcuse era demasiado preciso y objetivo como para ignorar que las contradicciones no desaparecerían como *realidad*. Él capta un mo-

⁵ Herbert Marcuse, *One-dimensional Man: Studies in the Ideology of Advanced Industrial Society*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1964.

mento de la desaparición de las contradicciones en la conciencia y en el pensamiento; en suma, su “volatilización” como entidad psicológica y como categoría histórica *actuantes*. La etapa más aguda de la “guerra fría” y los eventos dramáticos relacionados con el nazismo, con el intento de masacre en Vietnam o con la versión “stalinista” del *socialismo en un solo país* parecían absolutizar aquel momento. En realidad, la contrarrevolución burguesa prolongada continúa siendo densa y los dilemas del “socialismo difícil” no se han atenuado. No obstante, parece evidente que el “adormecimiento” de las contradicciones en la conciencia y en el pensamiento, como momento histórico, era expresión de una voluntad que no aparecía del mismo modo en los “dos mundos”, y que las contradicciones reales doblegaron las formas de encuadramiento y de compulsión ideológicas a través de las cuales se pretendía instaurar la cosificación y la estandarización de la conciencia y del pensamiento. El momento de crisis aguda se disipó y la historia no atestigua el “fin de la razón” determinada socialmente; por el contrario...

En el diagnóstico sociológico del “conflicto de clases en América Latina” no es necesario llegar tan lejos... Sin embargo, un largo período de hegemonía casi total de una burguesía neocolonial o dependiente provocó que el “vagón de cola” social y político de las clases dominantes reflejase más la ideología de la burguesía hegemónica de los países capitalistas centrales que su propia situación de intereses de clase como proletarios. El socialismo reformista y las tácticas de apoyo a la burguesía nacional de ciertas corrientes del socialismo revolucionario reforzaron esa tendencia. El riesgo dramático que enfrentamos consiste en un *nuevo sumergimiento*. La incorporación al espacio económico, social y político de las sociedades capitalistas centrales renueva el horizonte cultural de las clases burguesas. Bajo el capitalismo monopolista dependiente podrá ocurrir el fenómeno que se dio bajo el capitalismo competitivo dependiente. Tanto internamente como desde afuera, el escenario está preparado para compatibilizar el crecimiento morfológico de los proletarios como clase en sí con una conciencia de clase “esterilizada” y con dinamismos

de “lucha de clases” desposeídos de cualquier elemento político y de un eje verdaderamente revolucionario. El sindicato “moderno” y “democrático”, que toma como estándar al sindicalismo norteamericano, por ejemplo, entra en esa construcción. Lo mismo se puede decir de los partidos obreros *socialdemocratizados*, que ponen en primer plano el combate al marxismo y a la revolución proletaria, y hacen un énfasis secundario en la óptica verdaderamente socialista y comunista de la lucha de clases. Incluso la izquierda católica, que viene desempeñando el papel más positivo, porque apoya la formación de la clase obrera y su desarrollo independiente, vacila en su terminología política y es contemporizadora frente a las estrategias centrales de la lucha revolucionaria. Es preciso tener mucho cuidado en la discusión de tales asuntos. Sería absurdo no reconocer el progreso eventual de pasar de un período de “apatía fomentada y dirigida” y de “alianzas” nocivas a un “nivel de negociación” en el que el consenso proletario se manifiesta tanto defensiva como agresivamente. Sin embargo, el objetivo político que merece ser perseguido va mucho más allá. Éste consiste en la conquista de los proletarios de la capacidad de enfrentar la supremacía burguesa y de luchar por la conquista del poder *en las condiciones existentes*, de implementación del capitalismo monopolista dependiente, en las cuales es muy difícil combatir simultáneamente el capital nacional y su régimen autocrático-burgués y el capital extranjero y su núcleo imperialista de poder. Ahora bien, ese combate no sólo tiene que existir, sino que debe ser simultáneo si los proletarios quieren alcanzar un desarrollo de clase independiente, encontrar aliados en las clases desposeídas o en las clases medias y ser una alternativa en la lucha por la transformación de la sociedad y por la revolución social.

Ya se ha escrito mucho al respecto del dilema *revolución o barbarie*. Después de Rosa Luxemburgo le tocó a Marcuse retomar los hilos de esa discusión, para poner en evidencia que la barbarie es compatible con un avance jamás soñado en la esfera de la ciencia y de la tecnología, con elevados índices de comodidades materiales y con una robotización de la persona casi invisible.

En lo que se refiere a América Latina, las diversas olas sucesivas de modernización y de expansión local de la *civilización moderna* siempre tuvieron como contracara (no como contrapeso) la persistencia y el refinamiento de la barbarie. La revolución burguesa *atrasada*, concentrada prioritariamente en la apropiación dual del excedente económico, sólo podrá traer promesas lejanas de reducción de la barbarie. Ésta aumentará en extensión el número de quienes participarán intensamente en la civilización moderna de modo real (no compensatorio o residual) y también aumentará, en profundidad, la eficacia del patrón capitalista de civilización moderna entre quienes entren en el circuito activo de los flujos y reflujos de esa civilización en las condiciones variables de América Latina. Sin embargo, ¿qué se podría decir de la barbarie que pudiera resultar de esto si las poblaciones pobres y las clases trabajadoras no estuvieran armadas para luchar por sí mismas y por la HUMANIDAD de explotados y explotadores? Con frecuencia me sorprende pensando acerca de esta cuestión y establezco paralelismos, por ejemplo, entre lo que sucedió en Cuba antes de la Revolución y lo que podrá suceder en América Latina bajo los tentáculos de una dependencia cuya voracidad sin límites ha quedado demostrada concretamente en México y en Brasil (por mencionar dos “casos clásicos”): la ilusión de lo *made in Brazil*, las inconsecuencias y las extravagancias del consumismo, la corrupción moral y mental de la persona, la interiorización plena del agente dominador, de sus intereses inhumanos, de sus corporaciones, mercados y poder, etc. ¿Habremos vuelto a la época de la Conquista, sólo que ahora de forma mucho más alarmante y disolvente? Los intelectuales y las universidades permanecen ciegos ante este proceso, razón por lo cual ellos mismos están siendo *internacionalizados*, “cooptados” y destruidos por la enajenación. Sólo resta una esperanza, y ésta proviene del socialismo. Éste es el motivo de la importancia prioritaria de los “húmbles”, los únicos que podrán sacar a sus países de la avalancha devastadora que sigue a la peculiar activación que el capitalismo monopolista inyecta en las sociedades burguesas dependientes y subdesarrolladas.

Ese dilema tiene mucho que ver con una redefinición de las rutas preestablecidas de los partidos y movimientos de izquierda. En la etapa actual, la transición hacia el socialismo ha creado un campo de apoyo para las revoluciones proletarias. Pero este campo tiende a forjar, concomitantemente, perplejidades y divisiones que son funestas y paralizantes. ¿Qué movimiento sindical y obrero podrá vencer las presiones directas e indirectas de fragmentación, desencadenadas por las clases burguesas internas y externas, en un estado de controversia “dogmática” permanente y de luchas intestinas sin fin? Es necesario volver, en toda su pureza, a la óptica de *El manifiesto comunista*, para combinar con realismo la revolución dentro del orden y la revolución contra el orden. No se trata de separar lo que es “táctico” de lo que es “estratégico”. En una sociedad capitalista atrasada, los proletarios y sus aliados pueden movilizar las dos especies de transformación y sólo tienen por ganar el hecho de impedir que el control de las *transformaciones capitalistas* quede concentrado en la cima, en manos de la burguesía, o que la lucha por la revolución social sólo sea protagonizada por pequeñas vanguardias, con frecuencia más extremistas que revolucionarias. Los aspectos “táctico” y “estratégico” atañen a los medios de concebir las dimensiones de la lucha política y de concretarla. Por lo tanto, sin desvincular el proceso revolucionario de América Latina de otras revoluciones victoriosas y de su experiencia práctico-teórica, es imperioso *acabar con la tendencia de convertir nuestros países en caja de resonancia de dogmatismos revolucionarios exclusivos*. La multipolarización dentro del campo socialista debe ayudar a vencer conflictos de lealtad que no tienen razón de ser. En este punto, es tan aconsejable saber combinar el potencial de lucha de los socialistas reformistas y de los socialistas revolucionarios, como necesario conocer el momento en el cual la coalición deja de ser productiva para convertirse en una bota de plomo.

Estas reflexiones no pueden ser concluidas sin un ataque franco a lo que se podría llamar *radicalismo compensatorio y socialismo de fachada*. “Primero vivir, después filosofar”. ¿Cómo no? Tenemos una inmensa variedad de “laboristas”, “anarquistas” o

“socialistas” que, de hecho, buscan formas de enajenación (o de liberación) de las prisiones y de los subterráneos de la conciencia burguesa. No todos operan como equivalentes funcionales del caballo de Troya. No obstante, gran parte de ellos ni ha roto ni pretende romper con la sólida investidura burguesa. No son compañeros de camino, sino factores de desvío (que se multiplican por su disponibilidad a los “modismos socialistas” surgidos en las universidades europeas y norteamericanas). El problema serio que surge aquí no es de excomunión y de exclusión; es de socialización política. La ausencia de un sólido movimiento socialista produjo esa anomalía, esa intensa y extensa proliferación de “cornetas de órdenes”. No se pueden ignorar la inquietud potencial ni el desarraigo, por lo menos incipiente, que los llevan a buscar “banderas” radicales y socialistas. Sin embargo, no hay cómo mantener la solidez de un movimiento socialista (o por lo menos intentar forjar un movimiento socialista sólido) sin reducir el impacto cuantitativo de los compañeros “sin ruta definida”. Se puede o no militar en un determinado partido de izquierda (ésta no es una cuestión fácil de resolver en la situación en que nos encontramos); pero no se puede estar “disponible” y “oscilar”, engendrando para las izquierdas una valoración negativa que no procede de los comportamientos de los militantes obreros, sino de las exterioridades de los supuestos compañeros de punta. El socialismo compensatorio y el de fachada engendran falsas identidades y la terrible impresión de que “todas las clases son iguales”, “todas las transformaciones, posibles”, lo que contribuye a “plantar” el socialismo en suelo burgués, en donde fenecerá rápidamente y no tiene cómo crecer como una fuerza revolucionaria. Como diría Lenin: ¡una infección pequeñoburguesa del marxismo!

La base de sustentación de la discusión se concentró en la necesidad histórica que particulariza a la lucha de clases en Brasil. Las “contradicciones” no hacen la revolución *en lugar* de la clase obrera. Para acabar con las seudorrevoluciones y con las revoluciones interrumpidas de las clases dominantes —o, algo más importante hoy en día, para enfrentar y vencer la contrarrevolución burguesa— es preciso crear una relación inteligente y revolucio-

naría con las contradicciones en la masa obrera, en la vanguardia de las clases trabajadoras, en las actividades de los sindicatos y de los partidos obreros, etc. No siempre la burguesía sabe o, si sabe, es capaz de anticiparse a los efectos previsibles (o imprevistos) de las contradicciones. Sin embargo, el espacio económico, social y político de la conciencia burguesa es dado por el orden existente. Los *controles normales* por sí solos ya establecen una fuerte capacidad de autodefensa y de contraataque. Los proletarios tienen que minar ese espacio y desintegrarlo para abrir dentro de él posiciones propias o para conquistar, contra él, un espacio económico, social y político independiente. Del mismo modo que la burguesía intenta fragmentar el movimiento obrero y desintegrar los medios de lucha del proletariado, las clases obreras deben golpear a las clases poseedoras y a sus estratos dominantes, lo que les es muy difícil, pues ellas cuentan con una protección que comienza en la empresa y termina en el Estado. El conocimiento preciso de las contradicciones y su aprovechamiento inteligente, organizado y despiadado es vital, pues, para el movimiento obrero. O bien permanece como vagón de cola del movimiento burgués, como su “otro invertido”, o si no, avanza por el terreno espinoso de lanzar las contradicciones contra el orden existente, para mejorarlo o para destruirlo. Esto significa *salir de sí mismo*, realizar las funciones negadoras intrínsecas al movimiento obrero, hacer que la sociedad capitalista salte de una revolución que abortó a otra revolución que comenzará *llevando todas las contradicciones existentes a su disolución completa y final*.